



Branko MILANOVIC, *Miradas sobre la desigualdad. De la Revolución francesa al final de la guerra fría*. Taurus, Barcelona, 2024, 456 páginas.

En un mundo de abundancia, como en el que vivimos desde hace ya largas décadas, la producción global resulta hartamente suficiente para que todos los seres humanos que habitan nuestro planeta puedan gozar de una vida material plena, una “vida buena” en el sentido más amplio de la expresión; sin embargo, más de dos mil millones de personas viven todavía hoy en situación de pobreza. Esta situación de miseria en medio de la opulencia interpeló al pensamiento económico moderno desde, por lo menos, la emergencia de la “cuestión social” durante el siglo XIX. Esos momentos de crisis contradecían, de hecho, el mensaje abiertamente optimista acerca de las bondades

sociales del funcionamiento sin trabas de los mercados, portadores de un crecimiento económico cuyos beneficios estaban, en teoría, llamados a “derramarse” para alcanzar a toda la sociedad.

Las cuestiones del reparto de lo producido, de la distribución del ingreso y de las desigualdades sociales resultantes, plantearon siempre preguntas primarias muy relevantes que la ciencia de la economía no puede ni debe soslayar. Mucho asombra, entonces, que el pensamiento económico neoclásico dominante se haya empecinado, durante prácticamente toda la segunda mitad del siglo XX, en expulsar del campo de estudio de la ciencia económica

“sería” toda cuestión referida a la temática distributiva, catalogada como “tóxica” y “venenosa” por los más encumbrados representantes de la teoría económica ortodoxa.

El largo eclipse de los estudios de la cuestión distributiva comenzó a revertirse durante la primera década de este siglo, sobre todo después de la gran crisis de 2007-2008, que expuso crudamente la situación flagrante de injusticia que impera en un mundo donde se acentúa la concentración de ingresos y riqueza, situación que legitima definitivamente el resurgir del tópico igualitario que se pretendía silenciar. Asistimos desde entonces a una explosión de estudios teóricos y empíricos de esta vieja temática económica, en un clima de cierta efervescencia no exento de confusión. En este marco, más que oportuna resulta la aparición del libro del economista serbio-estadounidense Branko Milanovic, uno de los investigadores de la desigualdad más reconocidos a nivel mundial, titulado: *Miradas sobre la desigualdad. De la Revolución francesa al final de la guerra fría* (Taurus, 2024).

El libro de Milanovic desmenuza de manera rigurosa la historia del pensamiento económico en torno a la distribución de ingresos y de riqueza, intentando, con éxito, llenar el hueco que dejó el largo silencio impuesto en la disciplina económica sobre este acuciante problema. Los puntos que siguen pretenden señalar, a modo de simple muestra, algunas de las enseñanzas que la lectura de este libro brinda a quienes les interesa

la economía política y la política económica referidas a la desigualdad.

- La desigualdad económica es un fenómeno histórico, imposible de explicar cabalmente en términos abstractos y universales. Pero mucho ayuda, para iluminar el debate actual sobre el tema, el repaso de las visiones y miradas concretas y situadas de los autores elegidos por Milanovic para recorrer el pensamiento económico moderno en búsqueda de respuestas al problema distributivo. Las “miradas” de Francois Quesnais, de Adam Smith, de David Ricardo, de Karl Marx, de Vilfredo Pareto y de Simon Kutznets (a las que se agrega, en el capítulo final, la de Thomas Piketty), ofrecen una combinación de narrativa política, teoría económica y datos empíricos que buscan explicar, en los distintos momentos históricos analizados, los criterios con que se justificara el reparto del excedente económico entre clases sociales e individuos. Los resultados que extrae Milanovic del repaso del pensamiento de estos autores, muy criteriosamente elegidos, los presenta en este libro escrito en lenguaje accesible para todo público y en clave de economía política, cuyo planteo central consiste en preguntarse todo el tiempo: quién produce que cosa y para quién.

- La presentación cronológica de los distintos autores, cada uno con su “mirada”, permite entrever cómo el pensamiento económico moderno fue simplificando de forma cada vez más drástica su campo de estudio, hasta reducirlo de tal manera que cuestiones socialmente complejas,

como la desigualdad en la distribución de ingresos, tienen necesariamente que desecharse, después de ser expulsadas fuera del dominio de una ciencia económica oficial jibarizada.

- Los cuatro primeros autores elegidos por Milanovic, de Quesnais hasta Marx, presentan a la distribución de lo producido como un fenómeno social, centrado en el reparto de ingresos y riqueza entre distintas clases: las posiciones legales de los tres “estados” que componían la sociedad rural francesa en épocas de Quesnais (el clero, la nobleza y el tercer estado) y los propietarios de diferentes tipos de activos en tiempos de Smith, Ricardo y Marx (en términos actuales: capitalistas y trabajadores). En todos estos autores, la cuestión en juego es lo que hoy denominamos “distribución funcional” que, en sociedades altamente estratificadas, se traslada de hecho a la “distribución personal” de ingresos.

- El primer autor clásico que ubica al conflicto distributivo en el centro de su teoría económica es D. Ricardo, para quien el crecimiento económico y la distribución de lo producido son fenómenos íntimamente ligados: la distribución “correcta” (que se inclina en favor del farmer-capitalista y en contra del terrateniente-rentista) aparece aquí como un pre-requisito para el crecimiento, lo que equivale a decir que la distribución no es sino un instrumento para acelerar el desarrollo económico.

- En la mirada de A. Smith, lo que constituye el objetivo principal de la actividad económica no el

crecimiento económico per se, sino la calidad de la vida material de la clase social mayoritaria (los trabajadores). Su preocupación principal consiste en explicar la formación de los precios “naturales”, con sus tres componentes: renta, beneficio y salario y, en este marco, la teoría de la distribución de Smith emerge como un subproducto de su teoría de los precios. Por lo demás, el interés de los grandes comerciantes (capitalistas) retarda el crecimiento económico y socava la eficiencia productiva general, puesto que este interés particular no se alinea con los intereses generales de la sociedad en su conjunto. Esta conclusión, sorprendente por parte de quien es considerado el principal fundador de la economía moderna de mercado, se basa en su predicción de que la fuente de ingreso de los “empresarios” (el beneficio o ganancia) está condenada a caer a medida que el crecimiento económico torna cada vez más abundante la cantidad de capital disponible. De esta manera, las condiciones que para Smith aseguran la prosperidad material de todos, son las mismas que aseguran una mayor equidad distributiva de ingresos entre capital y trabajo.

- En la visión de Marx, el punto esencial consiste en enfatizar que el producto neto de la actividad económica general es enteramente fruto del trabajo. Más que una teoría de la distribución, lo que Marx construye es una teoría de la explotación del trabajo vivo por parte del capital. Como es bien sabido,

esta explotación tiene su origen en el momento en que el capitalista compra al desposeído su fuerza de trabajo que, en ese mismo momento, se convierte en mercancía y en fuente del plus-valor (ganancia) que extrae de ella el propietario de los medios de producción. Las relaciones de distribución son aquí una expresión fiel de las relaciones de producción históricamente determinadas (no existen leyes inmutables en economía política). En este marco, no tiene mucho sentido focalizarse en cambios en la distribución del ingreso cuando la dotación de factores, que depende del ejercicio efectivo de poder, está distribuida de manera tan desigual: ésta es la principal razón del rechazo que provoca en Marx el proyecto de un socialismo “redistributivo”.

- La teoría económica neoclásica se construyó, por sobre todas las cosas, para responder a la crítica fulminante que Marx dirige a la explotación capitalista. El resultado fue una teoría completamente a-histórica, en busca de leyes universales válidas para todo tiempo y lugar, donde el trabajo y el capital son factores neutros de producción que se someten a un tratamiento analítico simétrico (no van, como decía Marx, juntos: el capital nace cuando compra trabajo vivo). Por lo demás, la distribución de lo producido es un fenómeno del que la economía no tiene por qué ocuparse, puesto que la dotación de factores de producción resulta una “variable exógena” que se determina fuera de los asuntos estrictamente económicos. Si la producción es una

temática positivamente económica, la distribución es una cuestión normativa perteneciente al campo de la moral (recordemos que, para Marx, las leyes de producción y las de distribución son las mismas, sólo que formuladas de diferente manera).

- Con V. Pareto empieza a acentuarse la centralidad del individuo en el tratamiento de los temas económicos. Las clases sociales se reducen para él a una élite, por un lado y, por otro lado, el resto de la sociedad. En este marco, la distribución personal del ingreso se determina por una ley “natural” (como la altura y el peso de los individuos) que no puede ser alterada por ninguna política económica. Dados los datos psicológicos del ser humano y los datos técnico-productivos de la actividad económica, prácticamente nada puede hacer la política redistributiva para cambiar la curva inmutable del reparto de ingresos y de riqueza.

- S. Kutznets profundiza todavía más la apuesta individualista del pensamiento económico moderno, haciendo directamente desaparecer de su análisis distributivo todo vestigio de clase social. La desigualdad se manifiesta aquí a nivel de las distintas ocupaciones, calificaciones y localizaciones de los individuos en el proceso productivo. Este autor propone, además, una justificación instrumental para la desigualdad observada: conduce a un mayor crecimiento y a mejorar el ingreso futuro de los más pobres. Su famosa “curva” distributiva plantea

una hipótesis histórica optimista, subrayando que, a medida que los países se enriquecen, se tornan más igualitarios. Cabe señalar que, ante datos posteriores que contradecían abiertamente este optimismo, se planteó la existencia de nuevas curvas que emergen de cambios estructurales diferentes de la industrialización planteada originalmente: cambios en la estructura etaria de la población, protección social del Estado de Bienestar, etc.

- A pesar del reconocimiento por parte de la profesión de los valiosos aportes de S. Kutznets, lo que siguió fue un proceso continuo marcado por el declive manifiesto de la preocupación por la cuestión distributiva, que coincidió con el ascenso académico del modelo económico canónico divulgado con la fórmula “*rational choice*”. En un marco de equilibrio general, lo que importa ahora son los cambios relativos en la retribución a los factores productivos, no la redistribución de ingresos y de riqueza. Ante cualquier cambio, el proceso de equilibrio reestructura rápidamente la dotación de factores, pero la pregunta acerca de quién dispone de qué factores y bajo qué mecanismos se produce la apropiación, se esconde

irremediamente detrás de lo que se intercambia en los mercados. ¡La distribución de ingresos y riquezas desaparece, así, del horizonte de preocupaciones del economista profesionalmente serio y probo!

- El último economista aludido por Milanovic es Thomas Piketty (*El Capital en el siglo XXI*, FCE, 2022), a quien atribuye, con justicia, una marcada influencia en la reintroducción del tópico distributivo en el debate académico dentro de la disciplina económica, luego de que quedara ésta muy malherida por la ocurrencia de una crisis que pulverizó la euforia que los economistas ortodoxos habían depositado en una extraña teoría que, entre otras simplificaciones extremas, descartaba toda posibilidad de que la crisis de 2007-2008 hubiera podido realmente ocurrir. En el capítulo final de su libro, Milanovic apoya decididamente la mirada de Piketty y aboga por una respuesta política (de política económica), como única posibilidad de prevenir que crezca todavía más la proporción de ingresos y riqueza concentrada en el patrimonio de los actores más ricos y poderosos de la economía mundial actual.

Hugo D. Ferullo

Universidad Nacional de Tucumán

